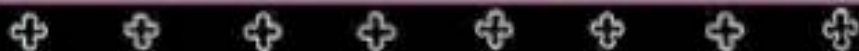


E S P A C I O A B I E R T O



Lorenzo Silva

Trilogía de Getafe

ANAYA

Algún día, cuando pueda
llevarte a Varsovia

El cazador del desierto

La lluvia de París

Lorenzo Silva

Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia

ANAYA

Contenido

Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia

1. Dejad que empiece Roberto
2. Lo que no sabíamos de Polonia
3. Otra vez Roberto
4. La montaña de arena
5. El maldito top
6. Otra noche fatídica
7. La mirada de acero
8. El violín de Henryk Szeryng
9. La atalaya
10. Un caballo no lo bastante cansado
11. Las reglas del ajedrez
12. Riga, en Letonia
13. Una jugada de peones
14. La niebla
15. La tempestad
16. Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia
17. Resumen de noticias
18. Tu último truco
19. La línea de sombra
20. La música

El cazador del desierto

1. El nuevo
2. Ningún disfraz
3. La pista de Lawrence
4. Paseando por el lado salvaje
5. Una ausencia quizá calculada
6. Una especie de arrepentido
7. Irene a la deriva
8. El hechizo del desierto
9. El momento vulnerable de Robert de Niro
10. La playa de Ákaba
11. El cariño por las máquinas

- [12. El ejemplo de Lanzarote](#)
- [13. La música de tu risa](#)
- [14. Una postal desde Valparaíso](#)
- [15. El regalo del cazador](#)

La lluvia de París

- [1. El momento del hámster](#)
- [2. Una estrella lejana](#)
- [3. Amigas hasta la muerte](#)
- [4. La más gris normalidad](#)
- [5. La luz](#)
- [6. Un tajo en la muñeca](#)
- [7. Haciendo magia](#)
- [8. Un latigazo de hielo](#)
- [9. Puñales desenvainados](#)
- [10. La lluvia de París](#)
- [11. Triunfos de Chantal](#)
- [12. Sueños que se derrumban](#)
- [13. La ilusión de vivir](#)
- [14. Donde las palabras no sirven](#)
- [15. Te querré siempre](#)

Créditos

Para M.^a Ángeles, por su música.

«La gente tiene una gran opinión acerca de las ventajas de la experiencia. Pero a ese respecto, la experiencia significa siempre algo desagradable, porque es contraria al encanto y la inocencia de las ilusiones.»

Joseph CONRAD, *La línea de sombra*.

1

Dejad que empiece Roberto

Esta historia, como todas las historias, puede empezar a contarse de muchas maneras. Podría empezar a contarla por el principio del todo, es decir, por la primera vez que oí la palabra *Varsovia* y su sonido suave y profundo acarició mi imaginación. La faena es que no me acuerdo de cuándo ni cómo ocurrió eso. Debió ser en el colegio, en clase de Geografía, o quizá en la tele, por cualquier noticia que algún día viniera de allí. También podría empezar a contar por el final, por el momento en que *Varsovia* dejó de ser una simple palabra y se convirtió para siempre en una especie de música encantada. De esto sí que me acuerdo. O incluso podría empezar por contar cómo aprendí a escuchar aquella música, que seguramente sea lo más importante de la historia. Pero voy a empezar justo por la otra punta, por lo que menos importa de todo. Empezaré con algo que le oí a Roberto.

Hace un año y pico, volvieron a alquilar el Sexto B. Llevaba vacío desde que se habían ido los anteriores inquilinos, dejando un montón de meses sin pagar, catorce gatos salvajes y doscientas cincuenta y ocho bolsas de basura, según contó la policía. Teniendo en cuenta esos antecedentes, en parte era lógico que a todos les preocupara quiénes pudieran ser los nuevos vecinos, y cuando se supo que

eran unos inmigrantes polacos, en el portal entero se desató la alarma. Pero el peor de todos fue Mariano, como de costumbre. Mariano es el vecino del Cuarto A y el padre de Roberto. Dijo Mariano, y así nos lo contó tan orgulloso Roberto, para que nos enterásemos de lo que vale un peine y de lo que puede llegar a valer un padre:

—Esto nos pasa por vivir en esta mierda de barrio. Ya sólo falta que empiece a llenarse el portal de moros y de negros.

Entonces yo, porque a veces me apetece rascarles un poco a los tipos como Roberto, para que se suelten y vean que casi nunca saben lo que dicen, le pregunté qué tendría de malo que el portal estuviera lleno de moros y de negros, y qué era lo que hacía, pongamos por caso, a su padre mejor que un moro o un negro. Roberto, creyendo demostrar una gran ocurrencia, se plantó y me soltó, tan ancho:

—Los negros y los moros vienen de África, hermosa, y por algo África está debajo de donde estamos nosotros, en todos los mapas.

—Vaya razón —contesté, aguantándome la rabia, porque lo último que me apetecía era que aquel cretino me llamara hermosa.

—Bueno, es que está muy claro —explicó, como si yo le diera lástima—. Lo mires como lo mires. Por ejemplo: con los moros hemos tenido bastantes guerras y nosotros las hemos ganado todas, desde la Reconquista hasta la Guerra del Golfo.

—¿Alguna cosa más? —dije, con retintín.

—Sí, que los moros y los negros hacen los peores trabajos en las obras y en el campo, y además lavan los coches y recogen nuestra basura, mientras que nosotros no recogemos la suya —sentenció, con aire definitivo.

A ratos me da por pensar que por mucha publicidad contra el racismo que pongan en la tele y en los periódicos y en las paradas de autobús, es sobre todo con ideas como las de Roberto con lo que se maneja una buena parte de la

gente. Y aunque Roberto sea un animal que te tumba de espaldas, por lo menos suelta lo que siente y no disimula como los que dicen que todos somos iguales y luego les daría una lipotimia o algo todavía peor si vieran de pronto a su hija abrazada a alguien demasiado moreno por la calle. Ni siquiera estoy muy segura de que mi padre, que tampoco es que sea una mala persona, celebre mucho que a mí me diera por querer a alguien demasiado moreno. Más bien me temo que no iba a ser un partidario entusiasta del idilio. Pero como todas estas cosas me deprimen y me desconciertan un poco y no me gusta deprimirme ni desconcertarme, ni siquiera un poco, dejé el asunto y a Roberto por imposibles y sólo quise ponerle en evidencia en una de las tonterías que había dicho, la que venía más a mano a propósito de los nuevos vecinos:

—Si es por lo del mapa, no sé qué tiene tu padre contra los polacos. Debería darse cuenta de que más bien son ellos los que no deberían querer vivir en el mismo portal que tu padre o que ninguno de nosotros, porque Polonia está bastante más arriba que España en todos los mapas. Lo menos quince o veinte centímetros en el planisferio del instituto, lo que deben ser en la realidad un par de miles de kilómetros.

—Pero los polacos son ex comunistas, y eso es casi tan malo como ser negro —respondió Roberto, que tenía una salida idiota para cualquier ocasión.

Ahí se me ocurrió que desde luego la vida es una injusticia. Roberto, por muy ignorante que sea, sabía como yo y como todos que lo de ser comunistas no fue culpa de los polacos. Nadie es comunista aposta. Como dice mi tío Álex, que es la única persona que yo conozco que ha sido comunista, y habrá que suponer que sabe de lo que habla, cualquiera prefiera tener coche bueno y electrodomésticos y marcharse de vacaciones en verano, y no aguantar que le racionen la comida y luego se hunda el país y todo se llene de mafiosos y no haya más remedio que emigrar al extran-

jero. En la vida hay varias cosas que me gustan y otras que me dan un asco que no lo soporto, y una de las que más asco me dan es ver cómo alguien que no sufre tiene el despapajo de reírse de otro que sufre y que no tiene la culpa de sufrir. Siempre me parece que los que sufren son mejores y los que se ríen de los que sufren una porquería, y me pregunto cómo es posible que la porquería quede encima, y que los polacos hayan tenido la desgracia de haber sido comunistas y el borrico de Roberto viva tan campante con esas ideas tan obtusas que le contagia su padre.

Otra cosa que me costaba entender era cómo a todo el mundo le molestaba que vinieran a vivir al portal los polacos, cuando eran la gente más guapa y perfecta que yo había visto en mi vida, tanto o más que la que sale en las películas americanas, donde todas son como cualquier chica de aquí querría ser, aunque personalmente me reviente reconocerlo. A la primera que vi fue a la madre, que era una señora de más de cuarenta años y así y todo tenía una piel de porcelana y unos ojos azules que daban ganas de comprárselos. Luego me crucé con la hija mayor, que tenía los mismos ojos azules, o todavía más bonitos, y era como una modelo, alta, rubia y dulce. Yo iba con el hámster, y aunque todavía es demasiado joven para eso que los hombres llaman entender de mujeres, el muy granuja se quedó embozado. Hasta tal punto que durante diez minutos o más, después de tropezarnos con la chica, me fue imposible hacerle mantener una conversación coherente. El hámster, para irnos entendiendo, es mi hermano pequeño, Adolfo. Le he puesto otros motes, como *Arnoldo* o *el piojo*, pero *el hámster* es de lejos el que más le fastidia y por eso es el que uso para hacerle sentir mi autoridad, ahora que todavía le puedo. Dentro de cinco años será como Roberto o más alto y tendré que sustituir la ironía por la diplomacia. Una chica siempre tiene recursos, y más ante algo tan torpe y tan inocente como suele ser un chico.

Cuando Roberto nos hizo saber las primeras impresiones de su padre acerca de los nuevos vecinos, yo no conocía de los polacos más que a la madre y a la hija mayor. Y pensé que si se trataba de una cuestión de distinción física, por la cosa del racismo, desde luego Roberto no era el más indicado para alzar la voz y mirarlas por encima del hombro, a nada que se parase a comparar con la sección femenina de su familia. Aunque las dos polacas no hubieran sido nada más que resultonas, le habrían sacado muchos largos a su madre, que pesa unos ochenta kilos y tiene un bigote en el que se pueden afilar cuchillos de pescadero. Y si se trataba de otra clase de distinción, tampoco acertaba yo a ver dónde estaba la ventaja de la madre de Roberto o de cualquiera de su familia. Pero la razón por la que Roberto y el padre de Roberto se permitían el lujo de creerse superiores a los polacos era más bien otra. Lo que hacía que la llegada al portal de aquellos polacos tan rubios y maravillosos fuera para ellos un adelanto de la llegada de los negros y los moros, con lo que la llegada de los negros y los moros significaba para Roberto y para su padre, era sencillamente que los nuevos vecinos no tenían dinero, y no es que no tuvieran dinero en absoluto, porque al menos tendrían el dinero necesario para pagar la fianza del piso, sino que no tenían el suficiente para comprarse más ropa de la que necesitaban ni vaqueros de marca, y tampoco podrían nunca aparcar delante del bloque un coche con doble *airbag* y con tracción integral. Según recalcaba muy ufano Roberto, que sólo usaba vaqueros de marca, su coche, o mejor dicho el de su padre, tenía doble *airbag* y tracción integral, mientras que los polacos habían traído de su país un cascajo que *ni siquiera* tenía motor de inyección.

El asunto del dinero, o más bien de la falta de dinero que todos les suponían, aunque al decirlo los demás vecinos del portal no fueran tan cafres como Roberto y su padre, era sin duda lo que a la gente le preocupaba principalmente de que vinieran a vivir allí los polacos. Incluso Tania, la

del Segundo D, que siempre procura ser prudente y nunca habla mal de nadie, le advirtió a mi madre:

—A partir de ahora habrá que vigilar la cuenta del teléfono. Me han contado que los polacos son expertos en hacer puentes con las líneas telefónicas para llamar a su país, y que luego se van y cuando te quieres dar cuenta te dejan una factura de cien mil pesetas y te toca a ti pelear con la Telefónica, porque a la compañía le importa un pimiento si alguien se enganchó a tu línea o fuiste tú quien hizo el gasto.

Cristina, la del piso al lado del nuestro, o sea, el Quinto A, que no es ni mucho menos tan prudente como Tania y que casi siempre está hablando mal de alguien, tenía otro miedo, y también trató de metérselo en el cuerpo a mi madre:

—Lo malo es que nunca vienen solos. Éstos son los primeros y no parecen muchos. Hasta ahora, dos chicos y el matrimonio. Pero verás como se les ocurra llamar a todos los de su familia, y nos encontremos con catorce o quince polacos metidos en el piso, durmiendo en colchonetas y viviendo como puercos.

Yo oía todas estas murmuraciones y me acordaba de la señora o de la chica a quienes yo había visto, tan delicadas y silenciosas que casi era como si se empeñaran en no hacer más ruido del indispensable. Me acordaba de su mirada azul y transparente, y de su aire un poco soñador y melancólico, y me enfadaba porque las vecinas hablaran de ellas como presuntas ladronas telefónicas o como avanzadilla de una especie de plaga que iba a arruinar nuestra vida. Ni siquiera les daban la oportunidad de probar que traían otras intenciones, y todo porque eran inmigrantes que no tenían mucho dinero y ya se daba por descontado que como todos los inmigrantes pobres venían a quitarnos una parte de lo bueno que teníamos nosotros. A mí me costaba admitir que fuera decente maltratar de esa forma a cualquiera que llegara empujado por la necesidad, así viniera de Polonia o

de África o de Sudamérica o de la China, pero lo que más me repateaba de aquel desprecio era que estaba segura de que si aquella gente tan rubia, exactamente la misma, hubiera venido en un Mercedes nuevo y reluciente, todos se habrían dado de tortazos por ser amigos suyos.

Ya que he empezado con la burrada del padre de Roberto, que el propio Roberto repetía por ahí tan contento a todo el que quisiera escucharle, y aunque es posible que no sea la mejor manera de empezar, acabaré de sacarle el jugo, y hablaré de lo que me queda de ella, que fue lo que más me cabreó de todo. Además de ser un par de asquerosos racistas, Roberto y su padre se permitían despreciar nuestro barrio. Yo me imagino cuáles son los barrios que le gustan al padre de Roberto. A fin de cuentas, no es más que un envidioso de poca monta, y seguro que habría querido vivir en una urbanización de chalés con piscina y poder dejar este bloque que se le hace demasiado poco para sus merecimientos, entre otras cosas porque es un bloque al que pueden mudarse unos polacos que nunca podrían mudarse, en cambio, a una urbanización de chalés con piscina. Ni yo ni nadie puede saber qué razones tiene el padre de Roberto para creer que se lo merece todo, o por lo menos que este barrio no se lo merece y sí habría merecido tener un chalé con piscina, pero lo que a mí me parece es que ni él ni Roberto merecen vivir en el barrio, al que tienen en tan poco aprecio. Los que se pasan la vida culo veo culo quiero, y no le prestan ni atención ni cariño a las cosas que la suerte les ha concedido, no se merecen tener nada, y menos que nada, lo que tienen y no quieren ni cuidan. Eso es por lo menos lo que yo creo, y por eso me gusta mi barrio y estoy tan contenta de vivir en él.

Pienso ahora en una sensación que tengo todos los años, a finales de agosto, cuando volvemos de la playa, que es siempre por la tarde y hace calor, aunque ya no tanto, porque en Getafe, la ciudad donde está mi barrio, hace más calor en julio. La sensación en cuestión es que apenas lle-

gamos me entra un no sé qué por las venas y un regusto en el corazón, y me entra simplemente por la alegría de volver a ver el parque y la plaza y nuestro bloque. No soy tan tonta como para no darme cuenta de que a lo mejor objetivamente es mucho más bonito el sitio de playa del que venimos, porque para empezar esos sitios tienen mar y el mar ya es una ventaja, así como tampoco lo soy para no reconocer que un chalé muy grande, con tejado de pizarra y todo con césped alrededor, en fin, pues seguramente también es más bonito que mi bloque, que ya no es muy nuevo y tiene todas las terrazas cerradas con aluminio plateado. Pero mi bloque y mi barrio son míos, y en ellos he vivido todas las cosas buenas y también las menos buenas de las que me acuerdo, y subjetivamente, que es lo que a mí me importa, a su lado no tienen nada que hacer las playas más paradisíacas ni los chalés más enormes de las urbanizaciones de chalés con piscina. Por eso, y ya para mandarle a freír espárragos, le dije a Roberto:

—Pues si este barrio es una mierda, a ver cuándo te vas y te casas con una princesa y os mudáis a Montecarlo y nos dejáis en paz.

Y me di media vuelta y me largué. Yo jugaba con una ventaja, que tengo el deber de contaros. Sabía que Roberto estaba perdidamente enamorado de mí, y que por eso hacía y decía muchas de sus animaladas y trataba siempre de mostrarse muy chulo conmigo. Pero no tenía la menor intención de hacerle caso y desde luego tampoco iba a ser blanda con él para no herir sus sentimientos. Aunque Roberto no sabía lo que decía, era un renegado miserable que insultaba al barrio y no cuidaba ni apreciaba lo que tenía, y sólo por eso no merecía tener nada y mucho menos que yo le hiciera caso.

Así que dejamos a Roberto allí delante del portal, anonadado y medio deshecho por mi marcha. Pero no debéis confundiros: tampoco yo, aunque me haya hecho pasar con Roberto por una perfecta mujer fatal, soy la protagonista

de este libro. En realidad, mi vida no tiene mucho interés, por no decir casi ninguno. Hay quien nace para que no le pase nada demasiado importante, y cuando una nace para eso, como es el caso, más vale aceptarlo desde el principio y no empeñarse en que pase lo que no va a pasar. Con todo, yo no me quejo, porque dentro de lo que cabe hay algo que me hace afortunada, y es mi secreto y también es lo que me permite escribir libros a esta temprana edad de dieciséis años, que casi supone un récord digno de apuntarse en el Guinness. Normalmente no cuento a nadie mi secreto, que para eso lo es, pero a vosotros que tenéis mi libro entre las manos no puedo ocultároslo. Mi secreto es que, aunque a mí no me pasa nada, tengo una facilidad increíble para conocer a gente a quien sí le pasan cosas extraordinarias, y también para que esa gente me las cuente. Así, de una forma indirecta, consigo que todas esas cosas que a mí nunca van a pasarme vayan y me pasen un poco, aunque sólo sea en el terreno de las ilusiones, que es con lo que luego se hacen los libros. Si lo miráis bien, tiene su lado bueno, porque las cosas extraordinarias a veces son peligrosas, y mientras me las cuentan yo puedo sentir la emoción pero en el fondo no estoy en peligro, como quien las vivió realmente. Por otra parte, quienes viven las cosas extraordinarias las viven y ya está, para ellos son simplemente así, como las han vivido, porque las han visto y eran esto y no eran aquello y ya de ninguna manera van a ser distintas, pero yo, cuando me las cuentan y luego las escribo, puedo inventarlas indefinidamente, cerrar los ojos y verlas una vez de una manera y otra vez de otra. Y sé que lo que ponga en el libro, vosotros cerraréis los ojos y lo veréis unos así y otros así, y no habrá dos imágenes iguales. Para terminar de contaros mi secreto, tengo que deciros que en realidad vosotros y yo, que podemos verlas de más de una manera, tenemos más suerte que quienes vivieron las cosas extraordinarias, porque ellos no pueden cerrar los ojos y que cada vez salga algo diferente. Por eso, y aunque parez-